A LA VÍRGEN.

Le femenin eternel
Nous atire au ciel.

GOETTE.

Vírgen divina! esencia de consuelo!
Vaso precioso que el perdon encierra,
¿Eres ser de la tierra?
¿Perteneces al cielo?

Tu pureza y virtudes eminentes
Son propias solas del alcázar santo;
Tus lágrimas ardientes
De este valle de llanto!

Allá coros angélicos te aclaman
Reina feliz, y estáticos te adoran;
Aquí Madre te llaman
Los míseros que lloran. . . .

¿A quién tu rostro volverás, María?
¿A quién benigna prestarás oido?
A la eterna armonía,
O al eterno gemido?

¡Salve mil veces, Madre generosa!
Al elevarte al celestial palacio
Dejaste en el espacio
Estela esplendorosa;

Y las almas por ella alzando el vuelo
En pos de tu sonrisa placentera,
Reunirás en el cielo
La humanidad entera!!

PHSIQUIS.

Pues al placer nos provoca
La libertad del festin,
Deja que llegue á mi boca
Esa boca de carmin. . . .

CORTINA. *El Delirio.*

La loca algazara de báquica orgía
Brotando á torrentes, llenaba el salon,
Ahogaba las penas brutal alegría
En olas ardientes de dulce licor.
Cubiertas las mesas de ricos manjares,
Galanes y hermosas deseaban gozar,
Con torpes ideas y acentos vulgares
Manchando sus labios, ajando su faz!
Reinaba orgullosa la triste materia
De torpes placeres copioso raudal,

Quemando implacable, por cada miseria,
Un grano de incienso, de fe celestial!

Y en tanto yo te veia,
Incomparable beldad,
Templando la fealdad
De la desenvuelta orgía!
Te ví, tal como creó
Tus divinas formas bellas
El arte antiguo; y en ellas
Luz que su genio ignoró. . . .

La atmósfera pestilente
Del impúdico placer,
No lograba oscurecer
La claridad de su frente.
Su blanca mano apagaba
Con una seña un exceso:
Ya del frenético beso
El veneno suavizaba;
Ya ciego instinto febril
Del placer en el delirio,
Cambiaba en el blanco lirio
De una caricia infantil.
Y, ocultándolo del cielo,
Sobre el seno palpitante
Que desnudaba un amante,
Arrojaba casto velo.
Y en la lúbrica mirada
Solo al placer dirigida,
Ponia sombra velada
De una eternidad perdida!

Ellos volviéndose á veces
La acariciaban ansiosos;
O con palabras soeces
La rechazaban furiosos. . . .
¿Por qué cuando se retira,
Siente vuestro corazon
Incomprensible opresion,
Y desolado suspira?
¿Por qué no aspirais su aroma
Y la acogeis sin enojos,
Si al partir, á vuestros ojos
Triste lágrima se asoma?
Tal vez lánguida belleza
La reclinaba en su seno,
Y el dulce mirar sereno
Bañaba en luz de pureza!
Tal vez mezquino mortal
Al franquearle el corazon,
Sintió la revelacion
De su orígen celestial! . . .
Mas redoblando el rugido
De la bacanal odiosa,
Lanzó doliente gemido
Del seno, la niña hermosa. . . .
Herida la frente pura,
Sangre el corazon goteando,
Siguió apenas alumbrando
El caos de la locura;
Hasta que halló junto á sí,
Por misterio que la abisma,
La parodia de sí misma,
Reina sin rival allí!

Y al ver su forma alterada
A la vil materia unida,
En el corazon herida,
Se alejó desesperada! . . .

Y hombres y mugeres, furiosos, lascivas,
Alzando radiosas las frentes altivas
Tocar se figuran el trono de Dios;
Y alcanzar felices virtud y belleza
En un oceano de horrible torpeza,
Que al verlo de lejos causaba terror!